

*La colonia: un álbum fotográfico
de inmigrantes españoles en
Nueva York*
1898-1945



La colonia:
Un álbum fotográfico
de inmigrantes españoles
en Nueva York 1898-1945



Foto del General Miaja, sentado entre inmigrantes asturianos, Brooklyn, New York, 1939 o 1940 (Fernández).

Prólogo

por EDUARDO LAGO

Contemplo los rostros de la gente reunida en este álbum fotográfico y los límites que los separan de la realidad se empiezan a desdibujar. Los nombres que leo, Herminia y Manuel Guerra, Gaspar Cuadrado, Joaquina Herrera, Avelino Castaño, Carmen Alonso, José María Vázquez, Andrés Sánchez, José Fernández Álvarez, Benito Collada, Alfredo Díaz, Ángel Alonso, Eusebia Fernández, gentes en su mayoría llegada de lugares minúsculos, pueblos como Sada, Tiedra, El Quadro, Sardéu, Avilés, Tormón, Sama de Langreo, Nevares, alguna ciudad de provincia, como Lugo. Veo al final la foto del General Miaja, sentado entre inmigrantes asturianos, y me vienen a la cabeza retazos de conversaciones que he tenido en Nueva York con gente como ellos. La imagen de Miaja hace pensar en la herida de nuestra guerra, todavía sin cerrar del todo. La guerra también dividió a los españoles que habían ido hasta América para no volver. Regreso al sentido global de la historia que encierran estas fotos. Una vez más, constato las verdaderas dimensiones de la formidable empresa que consiste en ir rescatando la historia de

la inmigración española en Estados Unidos, como lleva haciendo desde hace años Jim Fernández. La historia, como bien sabe él, está aún a medio contar. Recuerdo el eco extraordinario que tuvo la exposición fotográfica que comisarió Jim en Nueva York hace un par de años. Una vez al otro lado del Atlántico, los pies de foto lo señalan, pusieron a sus hijos, americanos ya, pero sin dejar de ser españoles, nombres anglosajones. Tal vez sea ésta una historia condenada a quedar siempre a medio rescatar, a no ser que la literatura consiga darle la forma final que necesita. Otras comunidades ya lo han hecho, los judíos, de la mano de Henry Roth en *Llámalo Sueño*, los hispanos, de la mano de Oscar Hijuelos, cubano del Spanish Harlem, con *Los reyes del mambo tocan canciones de amor*. Yo llegué a Nueva York en el 87, hace un cuarto de siglo ya, y enseguida me encontré con personajes como los que me miran hoy desde las fotos de este catálogo. Mi descubrimiento de estos españoles de generaciones anteriores a la mía sucedió de manera gradual. No podré sino evocar a unos cuantos. A algunos apenas los traté, como

al hermano de Sabicas, el guitarrista, que estaba siempre como una sombra en La Nacional. Personajes que no están en ninguna foto a mi alcance, pero cuya imagen se ha quedado conmigo para siempre. El librero Eliseo Torres, cuya historia rescaté para *Diario 16*, y que otros han contado en diversos lugares. Sus libros hicieron el viaje de los conquistadores al revés, yendo a parar a Sevilla. Como a Jim, me interesa la gente menos conocida, personajes que me han ido acompañando, dibujando con palabras la forma de su sueño americano. En la esquina de la calle 20 con la Novena Avenida, estaba el deli de un gallego con quien me gustaba conversar largamente al final del día. Todo el mundo le llamaba Frank, pero para mí era Don Francisco. Hace años que me fui del barrio. Estos días, al pasar por delante de su bodega, veo que han echado el cierre para no volver a abrirlo, y no me queda más remedio que pensar que Frank (el nombre que le pusieron los demás era más verdadero que el mío) debe de estar ya muy enfermo, o quizás ya nos haya dejado. No he querido saber lo que ha ocurrido. Conmigo se queda para siempre el sinfín de historias que le gustaba contarme cuando me veía entrar en su establecimiento. Historias de su Galicia profunda, de su paso por Cuba y otros rincones del Caribe. Me enseñaba fotos de su familia, de la casa que se hizo construir en New Jersey, de sus hijos, que se expresaban con dificultad en español.

Antes hablé de Oscar Hijuelos. Uno de mis escritores hispanos favoritos es el puertorriqueño Jesús Colón. Era negro y comunista y llegó a Nueva York como polizón por los mismos años que lo hizo el barcelonés Felipe Alfau, el celebrado autor de *Locos y Chromos*, mediada la segunda década del siglo pasado. En uno de sus mejores libros, *Un puertorriqueño en Nueva York y otros esbozos*, Colón incluye una estampa conmovedora, “Oí llorar a un hombre”. En ella cuenta cómo, trabajando en el puerto de Nueva York —nuestra guerra aún no había estallado— escuchó un llanto viril al otro lado de un tabique. Era un llanto que encerraba una pena que taladraba el alma de quien lo escuchaba. Colón se acercó con sigilo al lugar de donde procedía el llanto y vio que quien lloraba era un hombre alto, fuerte y recio, español. No sabemos por qué lloraba. Colón no nos lo dice, o el español a quien sorprendió en la intimidad de su pena no se lo llegó a decir. ¿O me falla la memoria y lloraba porque tenía hambre? Escribo esto en Ronda y no tengo el libro conmigo, pero tal vez sea mejor así, con la imprecisión poética de un dolor asociado a una pérdida inconcreta, la de la patria, tal vez, la chica y la grande. Tampoco tenemos su foto, ni sabemos su nombre, pero su historia, enhebrada con respuntes de silencio, se instala con fuerza en el corazón del lector. A Colón decidí rescatarlo en *Llámame Brooklyn*, mi novela neoyorquina, obligándole a hacerse

amigo de Felipe Alfau. Privilegios de la ficción. Aunque fueron contemporáneos, no tenemos constancia de que sus caminos se cruzaran. Una vez presos en las páginas de mi libro, hice comparecer a Colón y Alfau en La Nacional, por un momento heredera del toledano Café de los Locos, ideado por Alfau en su primer libro. Y allí, en La Nacional, hice que se juntaran con un puñado de españoles de mi generación. A todos los hermané con personajes de papel. El grito de guerra de mi imaginaria cofradía era *Viva Don Quijote*. El caballero lector lleva en sí las señas de identidad de lo que significa ser español, y me pareció imperativo llevar aquello al otro lado de la mar oceánica. Una neblina quijotesca empaña de manera imperceptible las fotografías que nos muestra Jim aquí.

Me conmueven las miradas de los niños, el misterio que hay tras el rostro de las mujeres, los gestos de los hombres que las acompañan. A individuos así, de carne y hueso, les debo mi novela, gestada entre las sombras de un bar de Atlantic Avenue fundado por un español de la estirpe del cervantino Monipodio. Siempre pensé que el nombre del enclave español alrededor de la calle catorce –Little Spain– sería un título perfecto para suplir con la ficción las carencias de la realidad. Con ese u otro título, ahí hay una novela por escribir. Ojalá que alguien lo haga algún día. Entre tanto, iniciativas como ésta nos brindan el consuelo de ver que no todo en la historia de La colonia, nuestra colonia, está destinado a ser borrado de la faz del sueño americano.

Entre imperios:
Españoles en Nueva York,
1898-1945



JAMES D. FERNÁNDEZ



Ni frailes ni conquistadores

1.

“Españoles en las Américas”; para muchos, esta frase evocará sin duda imágenes de los conquistadores y frailes que en nombre de la corona española conquistaron y colonizaron buena parte de los continentes americanos –sur, centro y norte– en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Muy pocas personas se dan cuenta, sin embargo, de que el número de españoles que emigraron de la península ibérica a las Américas en el medio siglo que va de 1880 a 1930 supera por mucho el número de los que hicieron el mismo viaje durante los casi cuatro siglos anteriores, es decir, desde el primer viaje de Colón en 1492 hasta el año 1880. Dicho en otras palabras: la presencia de grandes números de españoles en las Américas es, en realidad, un resultado no del establecimiento y mantenimiento del imperio, sino más bien de la disolución y el final del mismo. Estos centenares de miles de españoles emprendedores respondieron a las promesas de movilidad social generadas por las repúblicas independientes americanas; y la “pérdida” de

Cuba y Puerto Rico en 1898 acabó fortaleciendo el flujo migratorio de España tanto a esas dos islas como a Estados Unidos.

España contribuyó significativamente a la vasta oleada de emigración de europeos a las Américas que, a finales del XIX y principios del XX, transformó de manera radical los tres continentes. Se calcula que unos cuatro millones de españoles decidieron “hacer las Américas” en ese período de cincuenta años entre 1880-1930.

La gran mayoría de los españoles de esta diáspora eran obreros o campesinos; muchos procedían de la cornisa cantábrica de la península: desde Galicia hasta el País Vasco, pasando por Asturias y Cantabria. La mayor parte de estos emigrantes tenía como destino inicial algún punto de la América hispanohablante. Un número considerable, sin embargo, acabaría en Estados Unidos, ya sea directamente de España, ya sea “de rebote”: es decir, después de periplos en diversos puntos de Hispanoamérica.

Algunos de los que llegan directamente a Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX vienen reclutados por empresas estadounidenses para trabajar en sectores industriales muy definidos: tal es el caso de los asturianos en las fundiciones de zinc y minas de carbón en West Virginia, Pennsylvania, Kansas, y otros lugares; de los cántabros en las canteras de granito en el estado de Vermont; o de los andaluces en las plantaciones de azúcar en Hawaii, por ejemplo.

Pero la mayor parte de los inmigrantes españoles en Estados Unidos de este período son “de rebote”; es decir: remigran a EEUU desde distintos puntos de la América de habla hispana. Conviene recordar que en este mismo período, la definitiva disolución del imperio español (pérdida de Cuba y Puerto Rico) coincide con –de hecho viene impulsada por– el ascenso de Estados Unidos como país con pretensiones de gran potencia hemisférica y global. Así es que a medida que se va eliminando la soberanía española en los vestigios de su imperio americano, van multiplicándose y fortaleciéndose los vínculos políticos, económicos y culturales entre Estados Unidos y la América hispana; es en este contexto de transformaciones geopolíticas –en este intersticio “entre imperios”– que se va a aumentar significativamente la presencia de españoles en EEUU.

Hay que recordar también que en este mismo período, la ciudad de Nueva York surge como capital financiera, industrial y logística de este nuevo “imperio,” y como nodo central donde se da todo tipo de encuentro e intercambio transatlántico (este/oeste) y “hemisférico” (norte/sur). A partir de ese momento, la ciudad se convertiría en un lugar relativamente hospitalario para hispanohablantes en busca de empleo, y miles de inmigrantes españoles establecerían su residencia en Nueva York. Aunque las estadís-

ticas no son totalmente de fiar, a mediados de los años 30 probablemente había entre 25 y 30 mil españoles viviendo en la ciudad. A modo de comparación: hoy en día, hay unos 14 mil españoles matriculados como residentes en el Consulado español en Nueva York.

“La colonia” reúne una selección de fotografías de los álbumes familiares de algunos de los descendientes de inmigrantes españoles en Nueva York, con el propósito de rescatar del olvido este fascinante y desconocido episodio de la historia compartida de España y de Estados Unidos. Ni frailes ni conquistadores; los españoles retratados en esta muestra –comerciantes, criadas, tabaqueros, restauradores, fogoneros y estibadores– navegan las turbulentas aguas entre el final de un imperio y el comienzo y desarrollo de otro.





Herminia Guerra (nacida en Sada, Coruña) con una sobrina en brazos, delante de la tienda de ropa del gallego Antonio Outeda, Lower East Side, New York, c. 1920 (Sanchez-Alonso).



Avelino Castaños Garay, (nacido en El Quadro, Bilbao) en un retrato hecho en "La Artística", estudio fotográfico ubicado en la Calle 14 de NY, c. 1920. Castaño emigró del País Vasco a Cuba, y de Cuba a Nueva York, donde se dedicó a la hostelería (Castaño).



Herminia Guerra (nacida en Sada, Coruña) con su hija Dolores Sánchez Guerra (nacida en NY), en la punta sur de la isla de Manhattan, c. 1930 (Sánchez-Alonso).



Gaspar Cuadrado (nacido en Tierra, Valladolid) regentó un hotel/ restaurante en Panamá durante la construcción del Canal, antes de re-emigrar a NY. Aquí sentado delante de una peluquería en la Calle 14, corazón de Little Spain, c. 1920 (Castaño).



Rosita Cuadrado Herrera, retratada en el estudio La Artística, Calle 14, c. 1928 (Castaños).



Avelino Castaños Garay (segundo de la izqda.), con coche y amigos, c. 1918, probablemente cerca de West Point, al norte de la ciudad de Nueva York (Castaños).



Dolores Sánchez Guerra, hija de emigrantes gallegos, en una calle del “Lower East Side”, zona en la que convivía un numeroso grupo de españoles con inmigrantes de todo el mundo.



Rosita Cuadrado Herrera nació en la Zona del Canal de Panamá, donde sus padres, Gaspar y Joaquina –pucelanos los dos– regentaban un hotel/ restaurante durante la construcción del Canal. Ya para 1920, la familia se había re-emigrado de Panamá a Nueva York; hicieron este retrato en el estudio fotográfico La Artística, West 14th Street, c. 1920 (Castaños).



José Mora nació en 1890 en Tormón, Teruel, Aragón; probó suerte como trabajador en Francia e Inglaterra, y como marino cruzó el Atlántico varias veces antes de establecerse definitivamente en Nueva York. Ya para los años '30 está casado con una mujer puertorriqueña y es dueño de una importante ferretería en el corazón del barrio latino conocido como "Spanish Harlem", 1936 (Mora).



Foto del pasaporte de Carmen Alonso Mier (nacida en Sardéu, El Carmen, Ribadesella, Asturias) con el que emigró a Nueva York en 1920 (Fernández). En Nueva York trabajó como sirvienta doméstica hasta que conoció a, y se casó con, José Fernández Alvarez (v. siguiente foto).



José Fernández Alvarez, de Romadorio, Pillarno, Castrillón, Asturias. Emigró a Cuba a principios del siglo XX, donde se hizo tabaquero. De Cuba re-emigró a Tampa, Florida (c. 1915), y de Tampa dio otro salto a Nueva York (c. 1919). La foto es de la cartilla para españoles residentes en el extranjero que no han hecho el servicio militar, condición de muchos de los emigrantes (Fernández).



Los coruñeses Herminia Guerra y Andrés Sánchez (centro) se retratan con familiares, algunos recién llegados de Galicia, en el tejado del edificio en el que vivían en el Lower East Side. Al fondo se divisa el Puente de Manhattan. c. 1925 (Sánchez-Alonso).



Los barrios y sus gentes

2.

Desde luego había españoles en Nueva York en el siglo XIX y antes, pero el gran flujo de inmigrantes españoles ocurre entre 1898 —el final definitivo del imperio español— y 1922, cuando EEUU aprueba nuevas leyes de inmigración que prácticamente cierran el grifo de inmigración europea. Las oportunidades de empleo generadas por la Primera Guerra Mundial provocaron un auge considerable de inmigración española a la ciudad entre 1915 y 1920.

Ya para cuando golpea la Gran Depresión (1929), había por lo menos cinco enclaves “españoles” en la ciudad, donde los inmigrantes de España convivían con inmigrantes de otras partes del mundo hispanohablante, principalmente Cuba y Puerto Rico: la parte baja del “Lower East Side” de Manhattan, junto al anclaje del Puente Manhattan (Cherry Street); la zona de los astilleros y muelles de Brooklyn entre Red Hook y Brooklyn Heights; el extremo occidental de la Calle 14, en un distrito conocido antaño como “Little Spain,” que se extendía hacia el norte al barrio de

Chelsea y hacia el sur hacia Greenwich Village; la zona del “Upper West Side” conocida como Washington Heights; y, claro está, la sección de East Harlem, conocida todavía hoy como “Spanish Harlem” o “El Barrio”.

Los inmigrantes españoles trabajaban en casi todos los oficios: niñeras y criadas o estibadores; obreros de construcción o tabaqueros; tejedores de seda o fogoneros, por ejemplo. El auge de la población hispanohablante de la ciudad —puertorriqueños y cubanos, principalmente— también generó oportunidades en los sectores de las diversiones y la alimentación/hostelería para españoles emprendedores. Es en los ‘20 y ‘30 cuando Prudencio Unanue funda “Goya Foods” en la parte baja de Manhattan; Gregorio Bustelo abre una pequeña tienda de café en la Quinta Avenida en Spanish Harlem; Carmen Barañano de Moneo establece una tienda de ultramarinos y de productos españoles en la Calle 14; Benito Collada inaugura “El Chico”, restaurante y “night-club” de música

latina en Grove Street, Greenwich Village. Como muchos de los empresarios españoles de Nueva York, todos estos dueños de emblemáticos negocios habían pasado tiempo en Cuba, Puerto Rico u otras partes de la América hispa-

nohablante antes de llegar a Nueva York. Y en la ciudad serían intermediarios y beneficiarios de las oportunidades generadas en el espacio “entre imperios” que siempre han habitado los hispanohablantes en EEUU.



*Gaspar Cuadrado
y
Joaquina Herrera
tienen el honor de invitar a Ud. a la boda
de su hija
Rosita
con el Sr.
Avelino Castaños Garay
que se celebrará el día 2 de Septiembre de 1928, a las cinco
de la tarde en la Iglesia de Guadalupe 229 West calle 14,
New York City*

Los padres de la novia nacieron en la provincia de Valladolid; la novia, en la Zona del Canal de Panamá; el novio es vasco, re-emigrado de Cuba a Nueva York... (Castaños).

...Se juntan esas diversas trayectorias el 2 de septiembre de 1928, en la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe de Nueva York, construida a principios del siglo XX como respuesta al número creciente de españoles en la ciudad. (Castaños).





Los invitados sólo tuvieron que cruzar la Calle 14 para pasar de la iglesia al banquete, que se celebró en el restaurante “La Bilbaína”, propiedad de los padres de la novia y los recién casados (Castaños).



Avelino Castaños con su hija Luz, nacida un año después de la boda, en 1929, c. 1930 (Castaños).



La familia asturiana Suárez se distinguió en el mundo del tabaco tanto en Cuba como en Nueva York. Aquí el exterior de su tienda/taller “Las Musas” en Flatbush Avenue, Brooklyn, c. 1915 (Sánchez-Alonso).



El interior de la misma tienda/taller de puros en Brooklyn, c. 1915 (Sánchez-Alonso).



El emigrante de Tormón, Teruel, José Mora y su amigo, también aragonés, Manuel Magaña, se casaron en Nueva York con dos hermanas puertorriqueñas; eran los dueños de la ferretería Fifth Avenue Hardware en el corazón de “Spanish Harlem”, c. 1931 (Mora).



Detalle de la foto anterior, con Mora en la ventanilla de la fabricación de llaves c. 1931 (Mora).



Mora estaciona su deslumbrante y recién adquirido auto delante de la ferretería, para subir a la familia, y para sacar este retrato, c. 1931. En la acera de enfrente, se divisa, entre varios comercios hispanos, el local pequeño y modesto de “Bustelo Coffee Roasting Company,” del emigrante gallego Gregorio Bustelo, que con los años se convertiría en una de las empresas hispanas más importantes de la historia de Estados Unidos (Mora).



José María Vázquez emigró de su Lugo natal a Cuba, y de Cuba a Nueva York. Trabajó durante años en una tienda de ropa “La Iberia” ubicada en Brooklyn; con los años, pudo comprar el negocio y trasladarlo a la Calle 14 de Manhattan, arteria principal de Little Spain, c. 1930 (Vázquez).



Rosita Cuadrado Herrera con (de izq. a derecha) un joven desconocido, Adela, Luis y Henry Alvarez, hijos de María Alvarez, "La Avilesina", dueña de una pensión en 130 East 16th Street, Manhattan, NY, 1925 (Castaños).



Españoles neoyorquinos de juerga en "El Chico" afamado restaurante y club nocturno en 82 Grove Street, Greenwich Village, inaugurado en 1925 (Vázquez).

ENTRADAS, ASADOS, MARISCOS, Y ESPECIALIDADES SABROSAS . . .	
Almejas a la Catalana	1.75
Mejillones a la Española	1.75
Ostiones a la Marinera	2.00
Chile con Carne a la Ranchera	2.25
Spaghetti con Hígados de Pollo y Setas	2.50
Camarones Esti'o Criollo con Arroz	2.50
Camarones Fritos a la Mallorquina	2.50
Enchiladas de Pollo	2.50
Huevos a la Maiagueña	2.50
Pasteles Borincanos con Arroz y Frijoles	2.75
Tamales Mexicanos y Chile con Carne	3.00
Asopao Estilo Borincano (25 minutos)	3.00
Picadillo a la Criolla Cubana	3.00



Benito Collada (al extremo derecho), avilesino, dueño de “El Chico”; al extremo izquierdo, Alfredo Díaz, otro restaurador asturiano afincado en Nueva York, c. 1940 (Damron).

Postkarte — Post card — Cartolina postale
Briefkarte — Correspondenzkarte — Dopisnitsa
Lettres — Briefspandecylin — Lveleis-Lap
Tarjeta postal — Briefspandecylin — Uscia postale universale
Cartão postal — ОТКРЫТОЕ ПИСЬМО.

Carta Germinia
Germinia
Guerra
Calle de los
portales No 5
Calle Sada

Brief
No 5
1873 Milan

Germinia
Terminada en
portales para
que le en
señales de
expansión
y a nivel
la enseñanza

normativa

tyroche

Milan 1873



La vuelta a la tierra: turismo rural

3.

Como todos los grupos de inmigrantes en Nueva York en las primeras décadas del siglo XX, durante los meses del verano, los españoles también buscaban refugio del calor insoportable y de la insalubridad general de la ciudad de Nueva York en aquellos tiempos antes de la refrigeración y del aire acondicionado.

En 1929, un grupo de españoles –anarquistas, probablemente– crearon una “Sociedad Naturista” y fundaron una comunidad veraniega –al principio de tiendas de campaña y barracones o “bungalows”– en las playas del sur de Staten Island.

Poco antes o durante la Gran Depresión, otros españoles se habían mudado a distintos pueblos del Valle del Hudson, a unas cien millas al norte de la ciudad, donde trabajaban como agricultores en la zona de Plattekill, entre Newburgh y Kingston. Con el tiempo, algunas de estas granjas regentadas por inmigrantes españoles empeza-

ron a recibir a huéspedes temporales –compatriotas que huían del bochornoso verano neoyorquino– y algunas se irían convirtiendo en lo que hoy llamaríamos centros de turismo rural para la colonia. En el verano de 1929, Federico García Lorca visita a Angel del Río y a Federico de Onís, que veraneaban en sendas casas en esta misma zona del Valle del Hudson; visita plasmada en varios poemas de *Poeta en Nueva York*.

Villa Alonso, en Walkill New York, era una pequeña granja de los inmigrantes Angel Alonso y Consuelo Suárez (asturianos los dos), que alquilaban habitaciones a visitantes de la ciudad. El Hotel Rifton, establecido por Alfredo Díaz y Pilar Montes (también asturianos) contaba con casi cien habitaciones para huéspedes, y un pequeño lago con barquitos de remo.

Las fotografías de grupos en estos lugares de nostalgia y hospitalidad en los “Spanish Catskills” evocan las texturas

y los vínculos de la colonia, en vísperas de su disolución; ya que tras la Guerra Civil Española, y la Segunda Guerra Mundial, y las nuevas realidades de Estados Unidos, la colonia quedaría más o menos disuelta, y las villas, ruinas de aquellos tiempos de escasez y plenitud.





Angel Alonso (nacido en Nevares, Arriendas, Asturias) seguramente pensó que había dejado atrás para siempre los aperos de la labranza tras emigrar a Cuba y aprender el oficio de tabaquero; cuando de Cuba saltó a Tampa, y de Tampa a Nueva York, se sentiría más lejos todavía de sus orígenes... c. 1940, Walkill, New York (Sanchez-Alonso).



¿Newburg o Nevares? ...Pero cuando aprieta la gran Depresión a partir de 1929, Alonso y su familia dejan la ciudad y vuelven al campo, a lo conocido, cultivando la tierra de una pequeña granja cerca de Newburg, NY, en el Valle del Hudson, circa 1940 (Sanchez-Alonso).



Esa granja de la familia Alonso se iría transformando en "Villa Alonso"; en esta villa y en muchas otras, los dueños alquilaban cuartos de la casa rústica a compatriotas de la ciudad que huían del calor y de la insalubridad de Nueva York en verano. c. 1936 (Sanchez-Alonso).



Niños y madres huéspedes de Villa Alonso (Walkill, New York), c. 1937 (Sánchez-Alonso).



El Hotel Rifton, regentado por los asturianos Alfredo Díaz y Pilar Montes, llegó a ser un complejo hotelero con cien habitaciones, salón de bailes, y laguna, c. 1945 (Damron).



Pilar Montes y su hija Luz, en el jardín del Hotel Rifton, c. 1945 (Damron).



Huéspedes veraniegos en el Hotel Rifton, c. 1945 (Damron)



Alfredo Díaz, haciendo de camarero en el comedor del Hotel Rifton, c. 1945 (Damron).



Baile de mascararas, Hotel Rifton, c. 1945 (Damron).



Picnic en la Villa Rodríguez, la más antigua de las Villas Españolas en el Valle del Hudson, Plattekill, NY, c. 1925(Castaños).



En 1942, José Fernández y Carmen Alonso, tras muchas estancias en la Villa Alonso, compraron su propio terreno, en otro lugar de veraneo cerca de la ciudad, East Moriches, New York (Fernández).



Solidaridad y discordia; apogeo y disolución

4.

El estallido de la Guerra Civil Española en julio de 1936 hizo que la colonia española de Nueva York adquiriera cierta definición y visibilidad en la ciudad.

La mayoría de los inmigrantes españoles en Nueva York era de clase obrera: apoyaron a la Segunda República y se opusieron al golpe militar de Franco. Este sector de la colonia neoyorquina se movilizó para defender la República: nacieron nuevas agrupaciones con ese objetivo, y la recaudación de fondos para la República se convirtió en una de las metas principales de muchas organizaciones de inmigrantes que existían desde mucho antes de la guerra, como clubs de fútbol y sociedades de socorro mutuo.

Había también en la colonia quienes apoyaban al levantamiento militar, sobre todo entre los dueños de negocios y las clases profesionales. La guerra en España sería una fuente de solidaridad y de discordia en la colonia neoyorquina.

En los años 30, sobre todo tras la proclamación de la Segunda República, muchos españoles soñaban con volver a España algún día. Pero con la guerra, la victoria de los franquistas en abril de 1939, y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial pocos meses después, ese sueño se volvió prácticamente inalcanzable. Con la puerta del retorno cerrada, se aceleraría el proceso de asimilación y “americanización” de muchos de los inmigrantes y sus hijos. La prosperidad de la posguerra, y la “huida” a los suburbios también contribuirían a la paulatina disolución de los vínculos que habían sustentado la colonia. Estas imágenes de una vibrante comunidad pasarían a formar parte de archivos personales y privados, guardados en sótanos y desvanes, donde han permanecido, hasta ahora, cuando vuelven a la luz pública, en esta muestra: **La colonia: Un album fotográfico de inmigrantes españoles en Nueva York, 1898-1945.**



Reunión multitudinaria pro-República en el Manhattan Center de Nueva York, c. 1937 (Sánchez Alonso).



Ambulancia enviada a la República Española por el Club Obrero Español de Nueva York, c. 1937 (Abraham Lincoln Brigade Archives).



Eusebia Fernández, con el puño en alto, en el campo de Walkill, New York, c. 1937 (Sánchez-Alonso).



El General Miaja en casa de los inmigrantes asturianos José Fernández y Carmen Alonso (a cada lado del General que está sentado y con gafas), Brooklyn, New York, c. 1940 (Fernández).



Banquete del Club Obrero Español, en honor a los veteranos de la Brigada Lincoln, 1945 (Mora).



¡Dispara! ¡Gira! Foto, foto, patata.

El valor de una instantánea

por LUIS ARGEO

43

El mundo gira cada vez más deprisa, Cristóbal Colón alucinaría con la cantidad de vueltas que hemos dado desde aquel descubrimiento suyo. Hemos llegado a rozar el sobresaliente con esta redondez tan perfecta y pura, con esos giros y vueltas que venimos dando en círculos sobre nosotros mismos. *Flic flac, flic, flac...* El carrusel de feria se mueve cada vez más rápido. Se han limado las esquinas donde se encontraban la ficción y la realidad, la verdad y la mentira, el día y la noche, presente, pasado, futuro... Hay imperfecciones, claro que sí. ¡Menudo lío! La Historia no tiene pinta de que vaya a detenerse y rectificar. ¿Cómo nos bajamos de este tiovivo en marcha? Intentémoslo mediante las fotografías, no perdamos el ritmo.

Alguien me dijo en una ocasión que si tuviera que salvar de su casa en llamas una única pertenencia elegiría, sin dudarlo, su álbum de fotografías. Sería lo único valioso, añadió, que no podría recuperar tras el incendio. Hace falta aclarar que la conversación surgió en tiempos pre-digitales. Entonces no existían las nubes virtuales ni los *pendrives*. Todavía me sigue pareciendo el mejor de los rescates...

¿Por qué vemos a estas gentes de antaño posando ante su negocio familiar y sabemos de golpe que no son falsas recreaciones? La evidencia ilusoria del pasado. ¿Qué nos remite al Lower East Side o a la Calle 14 de los años veinte si nunca hemos vivido aquella época? ¿Qué tienen estas

fichas de socio de “La Nacional” que permiten trasladarnos a aquellas décadas de redescubrimiento y aventura en color sepia? Esa forma serena que tienen sus protagonistas de mirar a cámara, con aires de no saber muy bien cómo ni cuándo va a acabar el ejercicio de posado tan pocas veces practicado, ésa podría ser una razón. Sus deseos de incluir dentro de la fotografía un halo de triunfo, una muestra de satisfacción por haber alcanzado lo que anteriormente habían soñado, también convencen. Igual que esa forma suya de pararse o sentarse con seguridad ante el artilugio, con los ojos clavados en el objetivo para decir al que va a admirar la estampa, sin hablarle: aquí estoy, mírame, lo he logrado.

Una fotografía consigue detener el tiempo, lo fija en un punto concreto de nuestra Historia cíclica y desenfadada. ¡Stop! Todo en su interior se congela y adquiere una nueva dimensión. Única. Ha transcurrido mucho tiempo desde aquellos disparos fotográficos. Contemplar estas reproducciones no es hacer un viaje en la Historia, sino vivir nuestra propia experiencia histórica. En mi caso, en mi carrusel, veo al grupo en el tejado y me llevan a “Érase una vez en América” (1984), la película de Sergio Leone. Y suena el jazz de Duke Ellington, quién sabe si alguno de nuestros emigrantes se cruzó con el gran músico en cierta calle de Harlem, alguna noche casual.

Me gusta la singularidad que demuestran ante la cámara algunos de cuantos aparecen en este catálogo. En sus imágenes se distinguen distintos sueños e ilusiones que por diversos motivos no pudieron alcanzar cuando tenían los pies enterrados en su terruño de origen. Pantalones de pinza, un automóvil, una niña o una peluquería. Alguno jamás hubiera imaginado que luciría sombrero canotier, ni

de fieltro. Quizá hoy parezcan modestos soñadores. Nada más lejos de la verdad: optaron por abandonar su quietud y moverse. Y así, con miedo pero con valentía, comenzaron a dar vueltas y girar sin descanso, hasta que un día decidieron detenerse en seco para mostrar sus logros. Encontraron un momento y una cámara fotográfica, y se pronunciaron: “Ningún incendio acabará con nuestros sueños”.

Hoy nos hacemos fotos incluso estornudando, las cámaras digitales nos permiten banalizar el hecho fotográfico. ¿Y por qué no? No hace tanto, las fotografías se encargaban para la posteridad y la distancia. Hoy no hay posteridad que dure más que un “me gusta” en Facebook, y la distancia es un concepto apenas reservado para amores desafortunados y GPSs tontorrones. Las aplicaciones de nuestros teléfonos inteligentes confeccionan aquella posteridad volteando cualquier chorrada momentánea y tamizándola con filtros *vintage*, años 70, retro... La evidencia ilusoria del presente lo reduce casi todo a espectáculo, dice Marc Augé.

Sin embargo, sigue habiendo españoles emigrantes que abandonan a la fuerza su terruño. Incluso se buscan la vida lejos de sus sueños. En 2012 la prensa española imprime la palabra crisis con regularidad alarmante. Las noticias sobre los actuales emigrantes, jóvenes españoles muy preparados para todo excepto para fotografiar sus ilusiones, se hacen hueco semana tras semana en páginas *web* y diarios de información nacional. La Historia se repite, España emigra, el tiovivo gira y gira cada vez más rápido. Hagamos una foto en movimiento, retocándola hasta asemejarla a la de aquellos viajes de los años 70, “Vente a Alemania, Pepe”, o a la de los remotos años sepia. Porque si lo deseas, el pasado puede convertirse en un simple filtro fotográfico.





Los nuevos emigrantes 2.0 también enseñan sus logros, pero como productos más que como experiencias. No necesitan encargar ninguna sesión fotográfica ni esperar acuse de recibo, obtienen sus fotos al instante para colgarlas ante centenares de desconocidos amigos de su red social. Haz *click*: me gusta.

Si te lo propones, escucharás a estos emigrados del catálogo relatando España a sus hijos y amigos neoyorquinos tal y como nosotros contamos Nueva York a nuestros padres, al volver de vacaciones. Porque las fotografías nos hablan. Sólo hay que bajar del tiovivo y detenerse a escucharlas. Con un poco de paciencia, oiremos a nuestros protagonistas en sus quehaceres diarios, en sus comercios de ultramarinos, en las fábricas de tabaco, en los muelles de Brooklyn. A diario se tragaban un cóctel idiomático que combinaba su lengua regional aguada en imprecisiones y un inglés de preescolar tomado a la fuerza para conquistar el Nueva York situado más allá de La Colonia. Porque en la colonia su gente se divertía en castellano. Basta fijarse en las invitaciones de boda o los letreros de restaurantes adornando el fondo del encuadre. Lo mismo ocurría en los barrios italianos, chinos o rusos de Nueva York, San Francisco o Chicago. América se llenó de fotografías con letreros multilingües. Y prosperó.

Más de 20 mil españoles viven hoy en NYC. ¿Qué los diferencia de aquellos pioneros emprendedores y asustados? Apenas dos cosas: los primeros nunca tuvieron oportunidad de ver fotografías de compatriotas asentados antes que ellos en Nueva York. Además, los de hoy nunca podrán tomar Manhattan, ni siquiera Berlín, y formar una colonia

real. El mundo gira demasiado rápido para clavar picas tan firmes. Pero tampoco es necesario, ya lo vemos. Porque la colonia, de cualquier índole, entra y sale de nuestras cabezas y se transforma cada día, ahora Robert De Niro dicen que tuvo una patrona gallega en Little Spain, pero yo lo visualizo con su cresta en “Taxi Driver”, mientras leo que los Knicks vuelven a perder a pesar de Carmelo Anthony, de padre puertorriqueño y nacido en Red Hook, un barrio de Brooklyn conocido como la “capital del crack en América” allá por los años 90. ¿Qué hace aquella casera gallega junto a una cápsula de tapa amarilla en esa esquina de Baltimore? Fantástica, la serie *The Wire*...

La colonia es universal, redonda, instantánea. ¿Cómo surgió Occupy Wall Street, sino repitiendo con/sin filtros la acampada en la Puerta del Sol? ¿No reorganizaron éstos los giros y vueltas de los tunecinos, que a su vez vieron a los egipcios, Tiananmen, la Plaza de Mayo, Berkeley, la Plaza Roja, la Bastilla...? ¿Seguid girando, seguid girando y no paréis! Pero no os olvidéis de hacer fotos. ¡Disparad, disparad! Las fotos sí servirán de picas, se clavarán en este mundo que no deja de girar, harán mella real o virtual, en la luz o en la sombra, en la corteza o el espíritu, eso ahora da igual: el paso del tiempo sobre ellas les otorgará un nuevo valor y, sin proponérselo, comenzarán a enmarcar penurias, atrevimientos, alegrías, emblemas, ambiciones, desgracias, emociones..., y cobrarán esa dimensión cultural con la que hoy podemos contemplar este catálogo.

No es obligatorio, pero si quieres, puedes mirar a cámara y decir: patata.

English texts

Preface. Eduardo Lago

I contemplate the faces of the folks gathered together in this photo album, and the borders that separate them from reality become blurry. The names that I read, Herminia and Manuel Guerra, Gaspar Cuadrado, Joaquina Herrera, Avelino Castaños, Carmen Alonso, José María Vázquez, Andrés Sánchez, José Fernández Alvarez, Benito Collada, Alfredo Díaz, Angel Alonso, Eusebia Fernandez; these are people who arrived from minuscule places, towns and villages like Sada Tiedra, El Quadro, Sardéu, Avilés, Tormón, Sama de Langreo, Nevares, or some provincial cities like Lugo. I see at the end the photo of General Miaja, seated among Asturian immigrants, and my head is filled with bits and pieces of conversations I have had with people like them. The image of Miaja makes us think of the wound of our war, which still has not healed completely. The war divided even those Spaniards who had gone to America never to return. I come back to the global significance of the story that is contained in these photographs. Once again, I recognized the true dimensions of that daunting task of rescuing the history of Spanish immigration to the United States, to which Jim Fernández has devoted himself for years now. That history, as he well knows, is only half told. I remember the extraordinary resonance that “La colonia” had when it opened in New York a few years ago. As the captions tell us, once on the other side of the Atlantic, many of the immigrants gave anglosaxon names to their children, who were American, but also Spanish. Perhaps that is the story that is condemned to be always half rescued, unless literature manages to give it the final shape that it needs. Other communities have done it: the Jews, thanks to Henry Roth’s *Call It Dream*; the Hispanics, thanks to Oscar Hijuelos, the Cuban from Spanish Harlem, author of *The Mambo Kings Play Songs of Love*. I arrived to New York in 1987, a quarter of a century ago, and I quickly began to run into characters like those who peer out at me from the photos of this catalogue. My discovery of these Spaniards from generations prior to my own was a gradual process. I can only evoke a few. Some I had very few dealings with, such as the brother of Sabicas, the guitarist, who was always lurking like a shadow at La Nacional. Characters who are not in any photographs within reach, but whose images have stayed with me forever. The book dealer Eliseo Torres, whose story I rescued for *Diario 16*, and that others have told in diverse places. His books made the conquistadors’ journey in reverse, ending up in Seville. Like Jim, I too am interested in the

less known people, characters who have accompanied me over the years, drawing with words the shapes of their American dream. On the corner of West 20th St and 9th Avenue, there was a deli owned by a gallego with whom I loved to have long chats at the end of the day. Everyone called him Frank, but for me he was Don Francisco. I left that neighborhood years ago, and when I recently walked by the site of the bodega, and I saw that it has been closed forever, I could only think that Frank (the name that others gave him was more true than mine) is very sick, or perhaps has already has left us. I didn’t want to find out what has happened. I now possess the bottomless well of stories that he used to like to tell me when he’d see me walk into his store. Stories of profound Galicia, of his time in Cuba and other parts of the Caribbean. He would show me pictures of his family, of the house he had built in New Jersey, of his children, who had trouble expressing themselves in Spanish.

I spoke before of Oscar Hijuelos. One of my favorite New York Hispanic writers is the Puerto Rican Jesús Colón. He was black and communist and he arrived to New York as a stowaway around the same time as Felipe Alfau, around the middle of the 1920s. Alfau, from Barcelona, would become the celebrated author of *Locos* and *Chromos*. Colón, in one of his best books, *A Puerto Rican in New York and Other Sketches* has a moving vignette, “I heard a man cry.” In it, he tells of how, while working in the New York port —our war had not yet begun— he heard a virile shriek coming from the other side of a partition. It was the kind of cry that expressed an anguish that drilled into the soul of whoever heard it. Colón quietly approached the place from which the cry was coming and saw that the person crying was a tall, strong, rugged Spaniard. We don’t find out why he was crying. Colón does not tell us so, or the Spaniard, surprised by the intrusion on the intimacy of his grief, never told Colón. Or is my memory playing tricks on me, and maybe we do learn that he was crying of hunger? I am in Ronda right now and I don’t have the book with me, but perhaps it is better to leave it like this, with the poetic imprecision of a pain associated with an undefined loss, the loss of his country, perhaps, the patria grande and the patria chica? We don’t have his photo, and we don’t know his name, but his story, sewn together with stitches of silence, becomes powerfully lodged in the reader’s heart. In my New York novel, *Call Me Brooklyn*, I decided to rescue Colón, making him become friends with Felipe Alfau. Fiction writer’s license. Although they were contemporaries, we have no

evidence of their paths crossing. But once trapped in the pages of my book, I had Colón and Alfau show up at La Nacional, a temporary heir to the “Café of Fools” that Alfau had created in his first book. And there, in La Nacional, I had Colón and Alfau sit down with a handful of Spaniards from my generation. I paired each of them with literary characters. And the battle cry of my imaginary secret society was “Long Live Don Quixote.” The Knight/Reader carries within himself the keys to what it means to be Spanish, and I felt the need to import that to the other side of the Ocean Sea. A quixotic mist subtly veils the photographs that Jim shows us here. I am moved by the gazes of the children, the mystery behind the expressions of women, the gestures of the men who accompany them. To flesh and blood individuals like these, I owe my novel, which was conceived amidst the shadows of a bar on Atlantic Avenue founded by a Spaniard who was a direct descendant of Cervantes’s kingpin of con-men, Monipodio. I’ve always thought that the name of the Spanish neighborhood around 14th Street –“Little Spain”– would be a perfect title, for a work of fiction that would fill in the gaps of reality. With that or another title, there is a novel waiting to be written. I hope someday someone will write it. In the mean time, initiatives like this photo album offer us the consolation of seeing that the history of *la colonia*, or *our colonia*, will not be completely erased from the face of the American dream.

Between Empires: Spaniards in New York, 1898-1945.

James D. Fernández

1. Neither friars nor conquistadors

“Spaniards in the Americas”; for many, this expression will surely evoke images of the conquistadors and missionaries who, on behalf of the Spanish Crown, conquered and colonized vast swaths of the American continents –South, Central and North– in the XVIth, XVIIth and XVIIIth centuries.

Few people realize, however, that the number of Spaniards who emigrated from the Iberian Peninsula to the Americas in the half-century between 1880 and 1930 is far greater than the number of those who made the same journey during the previous four centuries; that is to say, since Columbus’s first voyage in 1492 until the year 1880. In other words: the

presence of large numbers of Spaniards in the Americas is, in reality, a result not of the establishment and maintenance of the Spanish Empire, but rather, of the dissolution and end of that empire. These hundreds of thousands of enterprising Spaniards responded to the promise of social mobility generated by the independence of Spain’s former colonies; the “loss” of Cuba and Puerto Rico, in 1898, ended up strengthening the flow of emigrants from Spain to those two islands and to the United States.

Spain contributed significantly to the vast wave of emigration of Europeans to the Americas which, in the late XIXth and early XXth century, radically transformed the three continents. It is estimated that some 4 million Spaniards decided to “try the Americas” in the fifty-year period between 1880 and 1930.

The vast majority of the Spaniards in this diaspora were workers or peasants; many came from the northern Cantabrian coast of the peninsula: from Galicia to the Basque Country, including Asturias and Cantabria. Most of these emigrants had, as their original destination, points in Spanish-speaking America. A significant number, nonetheless, would wind up in the United States, either directly from Spain, or as “rebound” emigrants, who re-emigrated to the US after stints in Spanish America.

Many of those who arrive directly from Spain to the United States in the early decades of the twentieth century are actively recruited by US companies looking for manpower in very defined industrial sectors. Such is the case of the asturianos who were brought to work in the zinc foundries and coal mines of West Virginia, Pennsylvania, Kansas and elsewhere; of the Cantabrians who came to work in the granite quarries of Vermont; or the Andalusians recruited to work on sugarcane plantations in Hawaii, for example.

But the majority of Spanish immigrants in the United States were “rebound” immigrants; that is to say, they re-emigrate to the US after having emigrated from Spain to Spanish-speaking America. We would do well to remember that in this very same period, the definitive dissolution of the Spanish Empire (the loss of Cuba and Puerto Rico) coincides with –and, is in fact accelerated by– the ascent of the United States as a country determined to become a great power in the hemisphere and in the world. As Spanish sovereignty over the vestiges of its American

empire gets weaker and weaker, the political, economic and cultural links between the US and Spanish-speaking America grow stronger and more diverse. It is in the context of these geopolitical transformations –in the space opened open “between empires”– that the presence of Spaniards in the United States will increase significantly.

We ought to remember as well that in this same time period, the city of New York emerges as the financial, industrial and logistics capital of this new “empire,” and as the central node for all types of encounters and exchanges, both transatlantic (East/West) and hemispheric (North/South). At this point, the city would become a relatively hospitable place for Spanish-speakers searching for employment, and thousands of Spanish immigrants would settle in the city. Although the statistics are not precise, by the mid 1930s, there were probably between 25 and 30 thousand Spaniards living in the city. By way of comparison, in 2011, some 14,000 Spaniards are registered in the Spanish Consulate in New York.”

La colonia brings together a selection of photographs from the family albums of several descendants of Spanish immigrants in New York, with the goal of rescuing from oblivion this fascinating and unknown episode in the shared history of Spain and the United States. Neither friars nor conquistadors; the Spaniards portrayed in this exhibition –shop owners, maids, cigar workers, restaurant owners, boiler-room operators, dockworkers– all navigate the turbulent waters between the end of one empire, and the beginning and development of another.

2. The neighborhoods and their people

Of course there were Spaniards in New York in the XIXth century and before, but the great flow of Spanish immigrants happens between 1898 –the definitive end of the Spanish empire– and 1922, when the US approves strict new anti-immigration law, which practically shuts down immigration from Europe. Employment opportunities generated by World War I provoked a considerable boom in Spanish immigration to New York between 1915 and 1920.

So by the time the Great Depression hits with full force (1929), there are at least five “Spanish” enclaves in the city, where immigrants from Spain

live and work alongside immigrants from other parts of the Spanish-speaking world, principally Cuba and Puerto Rico. 1) the lower “Lower East Side” of Manhattan, by the foot of the Manhattan Bridge (Cherry Street); 2) the docks and shipyards of the Brooklyn waterfront, from Red Hook to Brooklyn Heights; 3) the western end of 14th Street, in an area once known as “Little Spain,” which extended northward into Chelsea and southward towards Greenwich Village; 4) the area in the “Upper West Side” known as Washington Heights; and, of course 5) the neighborhood in East Harlem that is still known today as “Spanish Harlem” or, more simply, “El Barrio”.

The Spanish immigrants worked in every imaginable job: nannies and maids or dockworkers; construction workers or cigar makers; silk weavers or boiler-room firemen, for example. The booming Spanish-speaking population of the city –led by the growing presence of Puerto Ricans and Cubans– also generated opportunities in the entertainment and food industries for enterprising Spaniards. It was in the 1920s and 30s that Prudencio Unanue founds Goya Foods in lower Manhattan; Gregorio Bustelo opens a small coffee roasting shop on Fifth Avenue in Spanish Harlem; Carmen Barañana de Moneo sets up a Spanish grocery and drygoods store on West 14th Street; Benito Collada inaugurates “El Chico” –a famous restaurant and latin-music nightclub on Grove Street in the West Willage–. Like many of the Spanish commercial leaders in the city, all of these owners of emblematic Hispanic businesses had spent time in Cuba, Puerto Rico or other parts of the Spanish-speaking Americas before arriving to New York. In the city, they would become intermediaries –and beneficiaries– of those opportunities generated in the space “between empires” which Spanish-speakers have always occupied in the US.

3. Back to the Land: Rural Tourism

Like all immigrant groups in New York in the early decades of the XXth century, during the summer months, Spaniards also looked for refuge from the extreme heat and insalubrious conditions of the city in those days before refrigeration and air-conditioning.

In 1929, a group of Spaniards –probably anarchists– established a “Naturist Society” and founded a summer community –first with tents and bungalows– on the south shore of Staten Island.

Shortly before or during the Great Depression, other Spaniards had moved to different spots along the mid-Hudson Valley, about 100 miles north of the city, where they worked on farms in the area around Plattekill, New York, between Newburgh and Kingston. Some of these farms that were run by Spanish immigrants would eventually begin to take in boarders—other Spaniards trying to get away from the heat and humidity of New York's summers. A few would even become what we might call sites of rural tourism for the colonia. In the summer of 1929, Federico García Lorca visits Angel del Río and Federico de Onís, both of whom are summering in houses in this same area of the Hudson Valley; those visits are alluded to in several of Lorca's poems in *Poet in New York*.

Villa Alonso, en Walkill New York,, was a small farm run by two immigrants from Asturias, Angel Alonso and Consuelo Suárez, who rented rooms to visitors from the city. Hotel Rifton, established by two other Asturians, Alfredo Díaz and Pilar Montes boasted almost one-hundred guest rooms and a lagoon with rowboats.

The photographs of groups in these places of nostalgia and hospitality in the “Spanish Catskills” evoke the textures and ties of the colonia, on the eve of its dissolution. After the Spanish Civil War and World War II, and after the new post-war realities of the US, the colonia would practically vanish, and the villas would become ruins of those times of scarcity and plenitude.

4. Solidarity and strife; apex and disappearance

The outbreak of the Spanish Civil War in July of 1936 gave the Spanish colonia in New York a certain degree of definition and visibility in the city.

The majority of the Spanish immigrants in New York were from the working class; they supported the Second Republic and opposed Franco's military uprising. This sector of the colonia in New York was mobilized to defend the Republic: new groups were formed for that purpose, and the raising of funds for the Republic became one of the main objectives of many organizations of immigrants that were in existence before the war, such as soccer clubs, or mutual aid societies.

There were also some supporters of the military uprising in New York's Spanish colonia, mostly business owners and professionals. The war in

Spain would be a source of solidarity and strife in the New York colonia.

In the 1930s, particularly after the proclamation of the Second Republic, many Spaniards dreamed of some day returning to Spain. But with the outbreak of the war, the Francoist victory in April of '39, and the beginning of World War II just a few months later, that dream was now practically impossible. With the prospect of returning to Spain off the table, the process of assimilation and Americanization of the immigrants and their children would accelerate. Post-war prosperity, and the “flight to the suburbs” would also contribute to the steady dissolution of the links that had held together the colonia. These images of a vibrant community would quickly become part of personal and private archives, stored in basements and attics, where they have remained until today, when they return to the light of public space, in this exhibition: **La colonia: A photo album of Spanish immigrants in New York, 1898-1945.**

Snap! Spin! Photo, Photo, Cheese. The Value of a Snapshot. Luis Argeo

The world spins faster and faster. Christopher Columbus would be shocked if he knew how many laps we've completed since that discovery of his. We've almost perfected that pure and complete roundness, with those twists and turns that we make as we circle in on ourselves. *Flic, flac, flic, flac...* The carnival carousel spins faster and faster. The edges where fiction used to butt up against reality, truth against lies, day against night, the present, past and future; all of those joints have been sanded down and smoothed over. Of course there are still imperfections. What a mess! History has no intention of stopping and rectifying. How do we get off this runaway merry-go-round? Let's try using photographs, without losing the rhythm.

Someone once told me that if he could rescue one item from his burning house, he would choose, without hesitation, his photo album. That would be the only valuable thing, he added, that could not be recovered after the fire. Of course this conversation took place in pre-digital times, when there were no virtual clouds or pendrives. I still think the photo album is the best thing one can rescue from a burning house...

How is it that we can see these people from long ago posing in front of their family business, and know right away that these are not fake

recreations? The illusory evidence of the past. How are we sent back to the Lower East Side or 14th Street in the 1920s if we've never lived in that era? What is it about those membership cards from La Nacional that allows us to transport ourselves to those decades of rediscovery and adventure in sepia tones? That serenity with which the protagonists look at the camera, as if they do not know –because they have so little practice posing– how or when the exercise will be over; perhaps that's one of the answers. Their desires to include in the photograph a halo of triumph, evidence of satisfaction at having achieved what they had once only dreamed of; they are convincing as well. We can say the same thing about their manner of standing or sitting with such aplomb before the clunky apparatus, looking right into the lens, as if to say silently to the person who will eventually see the picture: here I am, look at me, I've made it.

A photograph manages to freeze time; time is imprisoned in a concrete point of our cyclical and chaotic History. Stop! Everything inside the frame is frozen and takes on a new dimension. A unique dimension. A long time has passed since these shots were snapped. When we contemplate these reproductions we are not really traveling through History; we are living with our own historical experience. In my own case, on my merry-go-round, I see the group on the building rooftop and they transport me to the film by Sergio Leone, "Once upon a time in America" (1984). And I hear the jazz of Duke Ellington and I wonder if any of these emigrants might have crossed paths with the great musician on a certain street of Harlem, on a night of forgotten coincidences.

I like the singularity that many of those who appear in this catalog stage for the camera. One can distinguish in their images different dreams and illusions which, for diverse reasons, were beyond their reach when their feet were sunk in the sand or mud of their original homeland. Knickers, an automobile, a baby or a barbershop. Some of them probably never imagined that some day they would wear a canotier hat, or a felt fedora. Perhaps today they seem like modest dreamers, but nothing could be further from the truth; they decided to abandon their stillness and to move. And so, with fear but also with courage, they began to move around and spin, tirelessly, until one day they decided to come to a complete halt to show off their triumphs. They found a moment and a photographic camera, and they pronounced: "No house fire will do away with our dreams".

Nowadays, when we take pictures even of people sneezing, digital cameras have allowed us to dumb down the photographic act. And why not? Not long ago, photographs were commissioned for posterity and a far-off future. Today, there is no posterity that outlasts a click on Facebook's "like" button, and distance is a concept of interest only to star-crossed lovers and doltish GPS devices. The applications on our smart phones can manufacture posterity, taking any silly snapshot and running it through a vintage filter, 1970s, retro... The illusory evidence of the present reduces almost everything to a spectacle, as Marc Augé says.

Nonetheless, there still are Spanish emigrants who are forced to abandon their homelands. Sometimes they even look for lives far away from their dreams. In 2012 the Spanish press prints the word "crisis" with an alarming regularity. News reports about the current emigrants, young Spaniards who are well prepared for everything except photographing their own illusions, find space week after week in webpages and national newspapers. History repeats itself. Spain emigrates, the merry-go-round spins and spins, faster and faster. Let's make a moving photograph, retouching it to get it to look like images from that trip in the 1970s, "Come to Alemania, Pepe", or like those of the remote era of sepia. Because if you like, the past can become a simple photographic filter. The new 2.0 immigrants also show off their accomplishments, but more as products than as experiences. They don't need to schedule a photographic session, nor wait for the requested return receipt; they have immediate access to their images, to upload them so that hundreds of unknown "friends" on their social network. Click here: I like this.

If you make the effort, you will hear these emigrants in the catalogs telling their New York friends and children about Spain, just as we tell our New York to our parents when we return from vacation. Because the photographs speak to us. You just have to get off the carousel, stop, and listen. With a little patience, we will hear our protagonists going about their daily chores, in their grocery stores, in the cigar factories and on the Brooklyn waterfront. Every day they downed an idiomatic cocktail that combined their own regional language diluted with *imprecisiones*, and a toddler's English acquired to conquer New York that stood outside the colonia. Because in the colonia, people had their fun in Spanish. One has only to look at the wedding invitations or the signs of the restaurants at the back of the image. The same phenomenon occurred in Italian, Chinese, or

Russian neighborhoods in New York, San Francisco, or Chicago. America was full of photographs with multilingual signs. And it prospered.

More than 20,000 Spaniards live in New York City nowadays. What distinguishes them from those enterprising and frightened pioneers portrayed in this catalog? Barely two things: the first immigrants never had the chance to see photographs of their precursors who settled in New York before them. And today's emigrants will never be able to take Manhattan, or even Berlin, and to form a real "colonia". The world spins too fast for such lasting settlements. But nor is it truly necessary. Because the colonia, in whatever shape, enters and exits our heads, transformed on a daily basis. They say that Robert De Niro had a Galician landlord in Little Spain, but I visualize him with his spiked hair in "Taxi Driver", while I read that the Knicks have lost again despite Carmelo Anthony, whose father was Puerto Rican and who was born in Red Hook, a Brooklyn neighborhood known in the 1990s as the "crack capital of America". What is that Galician landlord doing next to a yellow capsule on that street corner of Baltimore? "The Wire", what a fantastic series.

The colonia is universal, round, instantaneous. How did Occupy Wall Street come about if not by repeating, with and without filters, the "acampadas" in the Puerta del Sol? And didn't the youth in Madrid appropriate the slogans and marches of the Tunisians, who in turn had seen the Egyptians, Tiananmen, Plaza de Mayo, Berkeley, Red Square, the Bastille? Keep spinning, keep spinning, don't stop. But don't forget to take pictures. Snap! Snap! The photos will be like the explorers' flags, planted on the surface of this world which will not stop spinning; they will have their effect, real or virtual, in light or shadow, on the surface or within the spirit; none of that really matters. The passage of time will give those photographs new value, and without even trying, the images will begin to reveal tribulations, daring deeds, moments of happiness, emblems, ambitions, misfortunes, emotions..., and they will take on that cultural dimension with which today we can contemplate this catalog.

It is not compulsory, but if you want, you may look at the camera and say: cheese.

Agradecimientos

Las fotos de esta muestra provienen de los álbumes familiares de siete hijos de inmigrantes españoles que se afincaron en Nueva York en las primeras décadas del siglo XX. El comisario les da las gracias a estas siete personas extraordinarias por compartir estas imágenes y sus historias.

Manuel Alonso (1923) nació en Brooklyn. Es hijo de Angel Alonso, de Nevares, Arriendas, Asturias, y de Consuelo Suárez, de Cuadroveña, Arriendas, Asturias.

Luz Castaños (1929) nació en la Calle 14, Manhattan. Es hija de Rosita Cuadrado (nacida de padres pucelanos, en la Zona del Canal de Panamá), y Avelino Castaños Garay, de La Quadra, Bilbao, Euskadi.

Luz Damron (née Díaz, 1940) nació en Manhattan Es hija de Alfredo Díaz y Pilar Montes, los dos de Sama de Langreo en Asturias.

José Fernández (1929) nació en Brooklyn. Su madre, Carmen Alonso, era de Sardéu, El Carmen, Ribadesella, Asturias; su padre, José Fernández, de Romadorio, Pillarno, Castrillón, Asturias.

José Mora (1929) nació en Manhattan. Su padre —también José— nació en Tormón, Teruel, Aragón; su madre, María Cristina Vélez era de Puerto Rico.

Dolores Sánchez (1925) nació en el Lower East Side. Es hija de Andrés Sánchez e Herminia Guerra, los dos de La Coruña.

Maximino Vázquez (1950) nació en Manhattan. Es hijo de José Vázquez, de la provincia de Lugo, Galicia, y Estela Baptista, de la Argentina.

Valey Centro Cultural de Castrillón
Pza. de Europa, 3
33450 Piedrasblancas (Castrillón)
www.valeycentrocultural.org
Ayuntamiento de León
León Center University of Washington

Patronato de la Fundación Municipal de Actividades Culturales de Castrillón
Ángela Vallina de la Noval
Alcaldesa-Presidenta
Esther García López
Concejala Delegada de Educación y Cultura
Jaime Luis Martín
Director del Patronato Municipal de Actividades Culturales de Castrillón

EXPOSICIÓN

Comisario
James D. Fernández

Montaje e instalación
Ramón Isidoro

CATÁLOGO

©Textos
Eduardo Lago
James D. Fernández
Luis Argeo

Impresión
Imprenta Mercantil Asturias, S. A.

Este catálogo se publica con motivo de la exposición *La Colonia: Un álbum fotográfico de emigrantes españoles en Nueva York 1898-1945*, celebrada en Valey Centro Cultural de Castrillón del 2 de febrero al 14 de abril de 2012

VALEY

Centro Cultural de Castrillón

